

Política para apolíticos

Política para apolíticos

Contra la dimisión de los ciudadanos

Eva Anduiza, Xavier Ballart, Joan Botella, Quim Brugué,
Alex Casademunt, Ana Mar Fernández, Salvador Martí,
Francesc Morata, Joan Subirats, Josep M. Vallès

Ariel

Primera edición: mayo de 2012

© Eva Anduiza, Xavier Ballart, Joan Botella, Quim Brugué, Alex Casademunt,
Ana Mar Fernández, Salvador Martí, Francesc Morata, Joan Subirats, Josep M. Vallès

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:
©2012: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

ISBN: 978-84-344-0072-6

Depósito legal: B. 9.778-2012
Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Sumario

A MODO DE JUSTIFICACIÓN: DEL RECHAZO DE LA POLÍTICA A LA RECUPERACIÓN CIUDADANA.	9
CRÍTICAS Y SOSPECHAS	21
DESINTERÉS. ¿Por qué la política se aparta de lo que interesa a los ciudadanos	23
LEJANÍA. ¿Se sienten representados los ciudadanos por sus po- líticos?	29
DIVORCIO. ¿A qué se debe el creciente divorcio entre ciudada- nos y partidos?	33
CORRUPCIÓN. ¿Ha desaparecido la honradez en la política? . . .	43
FRAUDE. ¿Representan los políticos a quienes dicen represen- tar?	45
DESFIGURACIÓN. ¿Qué trato recibe la política en los medios de comunicación?	49
CONFUSIÓN. ¿Hay todavía diferencias entre los partidos políti- cos?	55
APROPIACIÓN INDEBIDA. ¿Es la política una exclusiva de los políti- cos?	61
ABUSO. ¿Retribuidos como otros profesionales?	67
INUTILIDAD. ¿Dónde queda una política limitada por la globa- lización y la Unión Europea?	73

OPORTUNIDADES Y COMPROMISOS	77
RÉMORA. ¿Viviríamos mejor sin política?	79
REDUNDANCIA. ¿Qué aporta la integración europea a la política?	85
INACCESIBILIDAD. ¿Es la política impenetrable para el ciudadano de a pie?	91
INHIBICIÓN. ¿Es posible recuperar a los ciudadanos para la acción política?	97
RENUNCIA. ¿Quién puede renunciar a la política?	103
INSATISFACCIÓN. ¿Por qué defraudan las respuestas de la política?	107
INCUMPLIMIENTO. ¿Hay que fiarse de los políticos?	113
INCOMPETENCIA. ¿Sobran políticos y faltan expertos?	117
DERROCHE. ¿Padecemos un exceso de burocracia?	123
PANACEA. ¿Podrá internet resolver los males de la política democrática?	129
DESPOTISMO BUROCRÁTICO. ¿Se ha impuesto la burocracia en la política de la UE?	135
POLÍTICA Y SABER: UNA RELACIÓN DISCUTIDA	141
¿ES POSIBLE UNA CIENCIA DE LA POLÍTICA?	143
¿DE QUÉ SIRVE LA CIENCIA POLÍTICA?	149
RECAPITULANDO: <i>Desde la denuncia crítica a la utopía realista</i> . . .	155
APUNTES BIOGRÁFICOS	165
PARA LOS QUE QUIERAN LEER MÁS	185

A modo de justificación: del rechazo de la política a la recuperación ciudadana

FATIGA y censura ciudadana de la política. Éste es el punto de arranque de las páginas que siguen. La política democrática recibe hoy de los ciudadanos una acogida que combina el desinterés con el rechazo. Lejos, pues, de recibir la adhesión popular que correspondería a un sistema político autodefinido como «poder del pueblo», la política provoca su disgusto. Convertido en indignación, el rechazo por la política ha llevado a unos cuantos miles de ciudadanos a ocupar calles y plazas, con eco resonante en los medios de comunicación.

¿Cómo se explica esta reacción tan hostil hacia la política y los políticos? ¿Qué hay de fundado en los motivos de esta actitud negativa? ¿Qué efectos perjudiciales puede tener sobre la conservación misma de la democracia? Si los tiene, ¿hay remedios disponibles para contrarrestarlos? Son los interrogantes que se han planteado los autores de estas páginas. Vinculados al departamento de ciencia política de la Universitat Autònoma de Barcelona, su ocupación como profesionales del estudio de la política y de las políticas les enfrenta inevitablemente a tales preguntas. No disponen de respuestas concluyentes. Sin embargo y por una vez, han decidido abandonar el relativo esoterismo de sus publicaciones académicas para participar en el debate general. No creen que su contribución sea de mayor calidad que la de otros conciudadanos. O que con ella consigan resolver de una vez todas las dudas. Entienden, con todo, que tampoco tienen derecho a privarles de sus opiniones. Podrían hacerlo amparándose en

la pretendida neutralidad de la tarea científica o refugiándose en el temor al riesgo que comporta saltar al ruedo del debate cotidiano.

No lo hacen. Han decidido superar sus reservas a la vista de la crítica severa y persistente que reciben hoy la política en general y la política democrática en particular. Para ello han redactado las notas que siguen sobre algunos tópicos y lugares comunes que caracterizan la polémica cotidiana sobre la política. Cada uno de los autores suscribe su colaboración y no se hace responsable de la totalidad. Lo que sí comparten es la convicción de que una democracia de calidad requiere la adhesión activa —y no sólo resignada— de quienes son sus protagonistas principales: los ciudadanos. A ellos van destinadas estas páginas.

La baja cotización social de la política

Está claro que la política democrática cotiza hoy a la baja. La reputación social de la política es escasa cuando se la compara con la que se atribuye a otras actividades: profesionales, empresariales, científicas. Menos todavía resiste el contraste con la seducción colectiva que provocan las hazañas deportivas o los espectáculos de masas. No es necesario analizar encuestas de opinión. Es suficiente exponerse a programas de televisión y de radio o explorar los comentarios que circulan en las redes sociales. En lo más cercano, basta prestar oído a las reacciones que provocan las referencias a la política y a los políticos en la mayoría de las conversaciones entabladas en medios laborales, familiares o de amistad. Otros asuntos generan discrepancia y discusión. En cambio, suele haber un amplio consenso para referirse en términos negativos a la política y a quienes se ocupan de ella, ya sea en calidad de políticos electivos, ya sea como empleados públicos.

Son términos negativos que van desde una desencantada insatisfacción hasta la censura más indignada. Desinterés, indiferencia, desengaño, superfluidad, incompetencia, farsa, despilfarro, mentira, corrupción: son las dudosas compañías asociadas a la política. Aparece raramente la relación honorable de la política con el interés general, el servicio público, el bien común, la justicia social o la abnegación personal.

Este veredicto condenatorio que la práctica política suele recibir no es exclusivo de nuestro país. Otras sociedades juzgan también con severidad la acción de sus políticos y de sus funcionarios. En democracias antiguas y en democracias más recientes. ¿Hay motivos para justificar el mal papel que la opinión pública atribuye a la práctica política? Los hay, sin duda. De otro modo, no se entendería la intensidad y la extensión de los reproches que la política democrática recibe en tantas sociedades.

Menos claro está el fundamento de tales motivos. ¿Se amparan siempre en datos objetivos y demostrables? ¿Responden, por el contrario, a percepciones subjetivas poco acordes con la realidad? ¿Son el resultado de manipulaciones ideológicas interesadas? ¿Se deben a la versión deformada que dan de la política determinados medios de comunicación? Son interrogantes que la investigación aplicada a la política se esfuerza por responder. A veces, obtiene conclusiones consistentes. En otros casos, no consigue resultados definitivos. A todo ello se referirán las páginas que siguen.

El ciudadano: entre el ideal y la realidad

Esta valoración negativa de la política alcanza a gran parte de los ciudadanos en las democracias contemporáneas. Pero no del mismo modo. Se han hecho esfuerzos por identificar di-

versos perfiles ciudadanos. No suelen coincidir con el arquetipo de un ciudadano modélico siempre atento a la cosa pública y dispuesto a prestar su colaboración en las decisiones de interés general que afectan a su comunidad. Los ciudadanos reales raramente se definen por estas características. Abundan, en primer término, quienes se marginan más o menos voluntariamente de todo contacto con la política, indiferentes a sus vicisitudes y a sus efectos. Junto a ellos, se situarían los resignados que aceptan pasivamente o a regañadientes lo que se les ofrece porque no conciben ni disponen de una alternativa mejor.

Pero también aparecen quienes no se conforman con el *statu quo* y expresan su rechazo de dos maneras. Por un lado, se sitúan quienes procuran modificar «desde dentro» este estado de cosas, adoptando iniciativas reformistas de mayor o menor radicalidad. Por otro lado, se distingue la actitud de los que dan por incorregible la política democrática tal como hoy se presenta y se esfuerzan por construir escenarios y modos alternativos de acción política. En el fenómeno de los «indignados» de los últimos meses se expresa esta combinación de rechazo radical de la política existente con un tanteo voluntarioso por explorar nuevas fórmulas.

Resignados, marginados, reformistas y alternativos constituirían, pues, cuatro grandes tipos ciudadanos en las democracias actuales. Según los observadores, marginados y resignados agruparían el gran grueso de la ciudadanía mientras que reformistas y alternativos formarían sendas minorías. Está claro además que se trata de cuatro perfiles esquemáticos que no consiguen reflejar todos los matices de las situaciones reales en las que suelen predominar los ciudadanos «híbridos». Es decir, los que según circunstancias personales o colectivas se identifican con uno y otro de los perfiles descritos o con una combinación de los mismos. Es esta diversidad de perfi-

les escorado hacia el desinterés y la indiferencia la que puebla el paisaje de las democracias actuales.

¿Es sostenible una democracia con débil adhesión ciudadana?

¿Cómo juzgar este panorama? ¿Cabe extraer alguna conclusión sobre sus eventuales consecuencias para el funcionamiento del sistema democrático? ¿En qué medida favorece o perjudica su consolidación? La respuesta dependerá de la idea de democracia que cada uno suscribe. Democracia es uno de los conceptos más discutidos del vocabulario político. Para simplificar un material teórico ingente, cabe contemplar la democracia desde dos puntos de vista que valoran de manera diferente la situación actual.

Puede entenderse el sistema democrático como una competición entre elites gobernantes que se someten periódicamente al juicio electoral. En este caso, la existencia de sectores que se inhiben no representaría un gran problema. Tampoco lo sería la existencia de colectivos críticos que se esfuerzan por corregir las principales deficiencias del sistema. Indiferentes, resignados y reformistas aceptarían —por pasiva o por activa— la continuidad del actual sistema democrático sin ponerlo en tela de juicio.

¿Qué ocurre, en cambio, cuando se opta por una versión más exigente de la democracia? Cuando se denuncia el abandono del gobierno en manos de las elites y se reclama una intervención directa de los ciudadanos en la dirección de los asuntos públicos, un sistema democrático infectado por actitudes de desinterés, desencanto o repulsa ni se justifica ni se mantiene. Se despierta entonces la inquietud por la solidez de un modo de gobierno cuya continuidad nadie puede dar por descontada tal como nos enseña más de una experiencia histórica.

Desde esta visión más exigente, el gobierno democrático debe estar en manos de los ciudadanos. Ellos han de ser sus valedores principales. Si dejan de serlo, ponen en riesgo la continuidad del sistema democrático. Porque «el gobierno es como todas las cosas del mundo: hay que amarlo para conservarlo. Nunca se ha oído decir que los monarcas no amen la monarquía. O que los déspotas odien el despotismo» (Montesquieu). Del mismo modo, si los ciudadanos no sienten aprecio por el sistema de gobierno del que son responsables, no está nada claro que puedan conservarlo. Porque es muy vulnerable el sistema político que no cuenta con el compromiso convencido de los presuntos titulares del poder, en este caso, de los mismos ciudadanos.

¿Sacrificar la democracia para «salir» de la crisis económica?

Pero la fragilidad de la democracia no sólo resulta de una escasa convicción de los ciudadanos. La está haciendo más frágil la actual crisis económica del mundo que calificamos como desarrollado. En las democracias occidentales, parece haber llegado a su fin la tregua entre capitalismo y democracia que se «firmó» después de la Segunda Guerra Mundial y que se prolongó hasta la década de los noventa del pasado siglo. El resultado de esta tregua se había traducido en la aceptación de una «economía social de mercado» combinada con un repertorio de derechos sociales garantizados por el «estado del bienestar». No es el lugar para intentar una explicación de por qué entró en crisis esta delicada transacción. Se sigue y se seguirá debatiendo sobre ello.

Lo que importa aquí es advertir de qué manera se plantea ahora la «salida de la crisis». Porque predomina la idea de que uno de los factores determinantes del fracaso económico

de las democracias occidentales ha sido precisamente un «exceso de política» o, más exactamente, de «política democrática». La política adecuada para superar la crisis debería pasar —según esta interpretación— por corregir los acentos democratizadores que habían caracterizado la situación anterior. Para ello, sería necesario hacer «marcha atrás»: menor regulación pública de la actividad empresarial, recortes en el reconocimiento de derechos y prestaciones sociales, reducción de las cargas impositivas de carácter redistributivo, menor protección del estatuto de los trabajadores asalariados, etc. Pero también en el ámbito político-institucional se percibe una dinámica de «des-democratización», cuando determinadas atribuciones políticas se alejan de la intervención ciudadana y se ponen en manos de autoridades no electivas —tribunales, agencias independientes, bancos centrales, etc.

A todo esto se suma la constatación de que el estado no es ya el ámbito de decisión eficiente porque ha sido desbordado por relaciones económicas, tecnológicas y culturales que tienen un alcance supraestatal. Han de ser, por tanto, organismos supraestatales los que adopten las resoluciones pertinentes: la Unión Europea, el G-20, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la OMC, etc. Pero estos organismos supraestatales se alejan todavía más de una razonable intervención ciudadana y presentan déficits notorios de legitimidad democrática. Cuanto más poder adquieren, mayor «des-democratización» experimenta la política. Desde esta perspectiva, sólo sería posible «salir de la crisis» reduciendo o eliminando las dosis de democracia que trabajosamente habían incorporado los sistemas políticos estatales. En términos más crudos, habría que cerrar definitivamente el «paréntesis democrático» (Crouch) del que se habían beneficiado algunos países avanzados entre 1945 y 1975.

Depurar la crítica a la política democrática

¿Es, pues, inevitable abandonar cualquier versión exigente de la democracia y resignarse a la involución que significa un minimalismo democrático recomendado por algunos de manera más o menos descarada? No es ésta la posición de los autores de estas notas. Creen irrenunciable el empeño por avanzar hacia un sistema político que progrese en el reconocimiento de la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos.

Por esta razón entienden que una descalificación insistente y generalizada de sus modos, instituciones y actores principales acaba debilitando todavía más la viabilidad misma de la democracia. A primera vista, parecería útil un juicio severo sobre los defectos del sistema con el propósito decidido de conseguir su corrección. Pero esta insistencia en denunciar y corregir no debe errar sus objetivos. Es necesario apuntar con rigor y no a voleo. Las descalificaciones indiscriminadas erosionan la credibilidad del propio ideal. Y se hacen estériles si no identifican de forma más precisa lo que realmente requiere corrección y no señalan cómo aplicarla.

Conviene, pues, examinar críticamente los tópicos que circulan habitualmente cuando se habla de política: en las conversaciones familiares, en los comentarios entre compañeros de trabajo, en las tertulias mediáticas o en los llamados «artículos de opinión». Hay que discernir lo que en dichos tópicos hay de fundado y lo que tienen de falso o gratuito. De no hacerlo, el posible efecto renovador de la denuncia acaba desvaneciéndose en el griterío y la confusión. Éste es el objetivo de los autores: afinar la perspectiva crítica sobre la política democrática con el fin de hacer más viable su transformación.

España no es diferente

Pese a la condición universitaria de sus autores, los textos presentados no son ejercicios de estilo y formato académico. Evitan las referencias eruditas y las notas bibliográficas. Pero son producto de una dedicación profesional que les ha permitido acumular conocimiento sobre la evolución de los sistemas políticos. En España y en sociedades con una trayectoria democrática más prolongada. Sin este conocimiento, es muy fácil tropezar con un doble riesgo cuando se enjuicia la realidad española y se pretende definir sus perspectivas de futuro. El primer riesgo es considerar que el caso español es caso único: «España es diferente» y, por consiguiente, «no tiene remedio». El segundo riesgo es consolarse con el «mal de muchos»: si otros participan también de los mismos defectos, es inútil inquietarse y esforzarse por corregirlos. Son las trampas en que incurrir con demasiada frecuencia muchas discusiones y tertulias entre habituales de café o «analistas» de estudio radiofónico o plató televisivo.

El conocimiento del funcionamiento real de la democracia en otros países revela que el análisis de la política —y de la política española en particular— no tiene por qué conducirnos fatalmente al desespero irritado o a la resignación indiferente. Estas reacciones nacen a menudo de la combinación de la ignorancia de algunos datos y de la superficialidad en la consideración de otros.

Contra la dimisión de los ciudadanos

A disminuir este desconocimiento y esta superficialidad se aplican los textos que siguen. Su intención no es la defensa del *statu quo* porque sus autores ni desconocen los graves déficits

del sistema político ni se resignan a admitirlos como inevitables. Es verdad que tampoco disponen de la solución mágica para resolverlos de forma fácil y automática. Porque saben que la buena o mala calidad de la política democrática resulta de una combinación complicada de factores, entre los que cuenta de manera principal el grado de compromiso de los ciudadanos. El compromiso activo del mayor número posible es condición para corregir carencias y avanzar en la construcción de un sistema más satisfactorio. Es condición mucho más efectiva que cualquier fórmula magistral proporcionada por los expertos o que la infrecuente inspiración reformista de algunas elites. El objetivo último de estas notas es contrarrestar la tentación de dimisión que amenaza a muchos ciudadanos cuando se enfrentan a los asuntos públicos que consideran inasequibles a su influencia y resistentes a toda posibilidad de regeneración.

Por fortuna, hay quienes vencen aquella tentación y se proponen ser sujetos activos del futuro colectivo. Lo han puesto de manifiesto las acciones ciudadanas descritas como «movimiento de los indignados» o 15-M. El perfil y contenido de sus propuestas, su magnitud y su desarrollo encierran bastantes incógnitas. Pero constituyen un indicio poderoso de que el debate sobre la política democrática en nuestras sociedades adquiere probablemente una nueva dimensión y se plantea en términos diferentes a los tradicionales. Los textos de esta obra forman parte del debate que internet, el 15-M español y el 15-O global han intentado trasladar a espacios más visibles.

Los autores son conscientes de que sus aportaciones son discutibles, porque ellos experimentan también las perplejidades que nuestra época suscita cuando se trata de afrontar cuestiones económicas, sociales o políticas. Pese a ello, comparten una doble certeza. Entienden que la dignidad de la

persona no permite aceptar retrocesos en el camino difícil de la libertad y de la igualdad. Y a la vez saben que la mejor garantía para que tales retrocesos no se produzcan es el compromiso político de los ciudadanos. A estimular su compromiso bien informado quiere contribuir modestamente este trabajo.

J. M. V.¹

Bellaterra-Barcelona, enero 2012

1. Para facilitar el debate que estas notas pretenden se hace constar la dirección electrónica de los autores al final del libro.